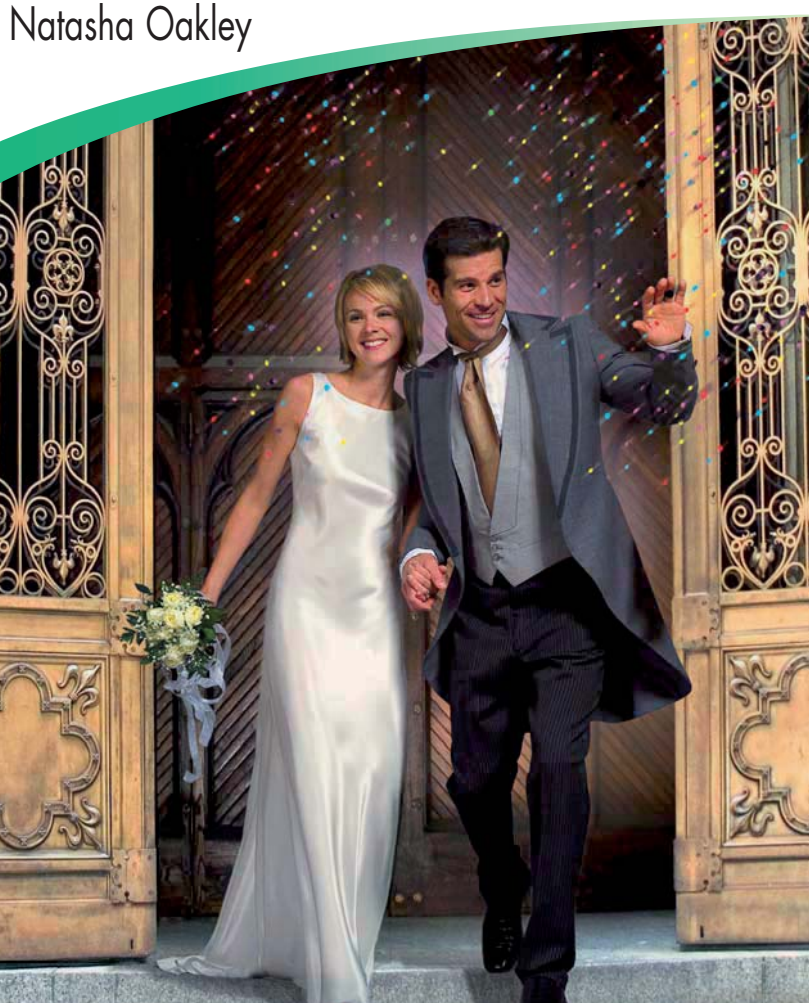
HARLEQUIN®

Jazmín®

Nuevos sueños

Natasha Oakley



Nuevos sueños

Natasha Oakley





Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Natasha Oakley. Todos los derechos reservados.
NUEVOS SUEÑOS, Nº 2024 - agosto 2010
Título original: Ordinary Girl, Society Groom
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8905-6
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

ERA CIERTO lo que la gente decía, se está más solo entre una gran multitud de gente que en cualquier otro lugar del mundo. Eloise Lawton nunca se había sentido tan sola como aquella noche.

Lo único que quería era marcharse a casa y darse un baño caliente. En lugar de eso, allí estaba conversando sobre cosas vanas y evitando a las personas que temían lo que ella pudiera decir sobre sus formas de vestir. Mejor así, últimamente se había vuelto muy virulenta, pero no podía evitarlo.

Pero así era su trabajo. Le pagaba la hipoteca, y ella no podía permitirse el lujo de un sustancioso fondo de inversiones ni había heredado una fortuna. Al contrario que todos los invitados.

Miró de reojo su reloj y calculó cuánto tiempo tendría que esperar antes de disculparse con Cassie. No hacía mucho tiempo que aquel tipo de eventos la emocionaban, pero ahora…

Su situación había cambiado. La decisión repentina de sacar las pertenencias de su madre de un almacén lo había cambiado todo.

Le había parecido sensato hacerlo entonces. Después de seis años de espera, había llegado el momento de completar los documentos para recuperar las posesiones de su madre sin el menor presenti-

miento de que estaba a punto de abrir una caja de Pandora de emociones.

Se dio cuenta del error que había cometido casi al instante. De repente se vio inundada de muchísimos recuerdos. Heridas apenas curadas se vieron desgarradas de nuevo, y estaban tan recientes y frescas como cuando el conductor del camión alteró toda su vida quedándose dormido al volante.

Después de seis años y desde otra perspectiva, volvió a leer la carta que su madre había guardado junto con su testamento.

Era un escenario mágico, pero ella se sentía como en el purgatorio. ¿Cómo no iba a sentirse así? Una exhibición ostentosa de riqueza sin razón aparente. ¿Y cuál era su papel en todo aquello?

Ya no le importaba que los colores no fueran idóneos ni si la seda era el tejido más apropiado para aquella estación del año. Al día siguiente, cuando le tocara sentarse delante del teclado, reuniría el entusiasmo necesario para terminar el artículo, pero aquella noche todo le daba igual.

No podía pensar en nada. Sentía demasiado odio. Guardaba demasiado rencor.

–Una vaca con piel de cordero –suspiró Cassie con la copa de champán en la mano–. Allí, en aquel lado.

Eloise volvió al presente y giró para mirar a la mujer a la cual su jefa se había referido en tono despreciativo.

–No, cielo.

La editora de la revista *Image* la tocó en el brazo.

–Allí no, más allá. Bernadette Ryland. Junto a la columna de alabastro. Debajo del retrato de aquel horrible general obeso.

Eloise se giró en la otra dirección.

–¿La del pelo amarillo? Bueno, casi amarillo. ¿En qué estaría pensando su peluquero? Esa mujer parece una gallina estrangulada.

Cassie tomó otro sorbito de champán.

–Lady Amelia Monroe debería replantearse otro peinado. ¿No crees? Parece que tiene los carrillos colgando. Oh –dejó de hablar un instante– Oh, cielo santo… Allí está Jeremy Norland. Y está con Sophia Westbrooke. Esto es lo único interesante de toda la velada. Me pregunto si…

–¿Jeremy Norland? –preguntó Eloise rápidamente mientras fijaba su mirada en aquella silueta oscura y alta.

Había visto varias fotografías de él, una de ellas jugando al polo y otra en una boda de la alta sociedad, pero era aún más guapo de lo que esperaba. Tan guapo como una caja de bombones.

–Está junto a la puerta. ¿Lo conoces?

–No –Eloise apretó con fuerza su copa–. No lo conozco. He oído hablar de él, nada más –logró decir con voz seca.

Cassie Sinclair levantó la mano y saludó a una mujer vestida con un chiffón gris que llevaba un rato intentando captar su atención.

–Aquélla es la hermana del duque de Odell –explicó a Eloise en voz baja–. Se casó con un desconocido. Pero mantuvo el título de lady por supuesto, y se asegura de que todo el mundo lo sepa.

Se giró en ese instante para pedir otra copa de champán.

Eloise estaba perpleja. Jeremy Norland estaba allí. Su mente era incapaz de procesar otra información.

El hijastro del vizconde de Pulborough estaba allí. En Londres. De pie junto a la puerta de roble maciza, riéndose con despreocupación. Pero, ¿por qué no? Su vida era perfecta.

Cassie siguió la mirada de Eloise.

–Es espléndido, ¿verdad? Ha desarrollado todos sus músculos montando a caballo. Y lleva un traje fabuloso. Fíjate en su trasero y en cómo le quedan los pantalones. Ese hombre es sexy, realmente sexy.

–Y parece que lo sabe –contestó Eloise , que observó cómo repasaba él a Sophia Westbrooke con la mirada.

–El hombre no tiene culpa del efecto que provoca en las mujeres, cielo. Es guapo. Tiene dinero. Contactos. Es una combinación bastante letal.

Eloise se obligó a sonreír:

–Creía que no vivía en Londres.

–Así es. Se aloja en la propiedad de su padrastro en Sussex. Se dedica a fabricar sillas y mesas, y cosas por el estilo.

–Carpintería de lujo. Sí, lo sé –Eloise bebió de su copa otra vez–. He leído algo sobre eso.

–Necesitas una ampliación de hipoteca sólo para pagar la pata de un taburete –confirmó Cassie–. Y también para el vestido de Sophia, me imagino. ¿Sabes quién se lo hizo?

–Yusseff Atta. Un diseñador prometedor. Se está especializando en bordados sobre chiffón –contestó Eloise automáticamente–. Perfilados realmente románticos. Ese tipo de cosas.

–¿Es digno de una exclusiva?

–Tal vez –asintió Eloise mientras veía cómo aquella adolescente levantaba la cabeza con un

gesto adorable. Sophia Westbrooke no podía tener más de diecinueve años. Mientras que Jeremy debía tener treinta y cuatro o tal vez treinta y cinco.

Cassie parecía haber sintonizado con los pensamientos de Eloise.

–Acaba de regresar de Suiza. Acaba de cumplir los diecinueve años. Y está con un hombre como Jem Norland. Menuda suerte.

–No ha sido cuestión de suerte. Forma parte del programa de reproducción de la especie. Se casan entre ellos, ¿o no lo sabías? –contestó Eloise imitando el acento esnob de los invitados.

Cassie no pudo evitar reírse.

–Qué malvada eres, hija mía. Ahora empieza a moverte entre el público. Consígueme algún cotilleo y deja de comerte con la mirada a los invitados. Porque ellos también muerden.

Jeremy Norland, conocido por todos como Jem.

Era el arquetipo de la clase alta. Llevaba un traje fabuloso. Sin duda hecho a medida y extremadamente caro.

El dinero y las oportunidades le habían llovido desde el día en que nació. Tenía la confianza de los hombres que han estudiado en los mejores colegios, que tienen contactos sociales hechos allí y que los van a apoyar hasta la muerte.

Y Eloise descubrió con sorpresa que aquello la molestaba.

El odio en su interior no había hecho más que aumentar desde que volviera a leer la carta de su madre y en aquel instante no soportaba estar cerca de personas tan vanidosas como las que habían destruida por completo la vida de su madre.

Y también su vida.

Con sus grandiosas casas, sus caballos y sus acentos perfectos. Los odiaba a todos.

Pocas semanas atrás la fascinaban, era una observadora indiferente que se divertía con ellos.

Pero ahora sólo podía odiarlos.

Jem Norland era el hijastro del hombre al que realmente odiaba, Laurence Alexander Milton, el vizconde de Pulborough.

Él era su padre.

¡Su padre!

Parecía una broma. No había sido más que un donante de semen.

Seis años atrás, cuando leyó por primera vez la carta de su madre, estaba demasiado aturdida para asimilar todos los datos. La pérdida repentina de su madre la traumatizó de tal modo que apenas encontró el espacio emocional para reconocer la identidad del hombre cuyos genes compartía.

El vizconde de Pulborough no era parte de su vida. No significaba nada para ella. Lo que le dolía era el hecho de que su madre se perdiera la ceremonia de graduación.

Por eso recogió todas las pertenencias de su madre y las guardó, y no quiso volver a pensar en ella durante seis años.

Seis años. ¡El tiempo había pasado tan deprisa! ¡Había estado tan ocupada! Había tenido que hacer muchas cosas: forjar su carrera, ahorrar y fingir que no se sentía sola en un mundo tan grande y aterrador.

Las excusas se acabaron cuando se compró el piso. Su propia casa. Había llegado al fin la hora de revisar las pertenencias de su madre. Todas aquellas

cosas que había decidido guardar en cajas y se había negado a pensar en ellas.

La carta.

Siempre estuvo allí. Era una bomba de relojería que ella había descuidado.

Después de leer las palabras de su madre seis años más tarde, descubrió que sus sentimientos habían cambiado. Tenía una perspectiva nueva y, a medida que leía, su aversión se iba convirtiendo en odio.

¡Le resultaba tan fácil imaginar lo que había ocurrido aquel verano! Su madre, joven e inocente se había dejado embaucar por un maravilloso cuento de hadas, exceptuando el hecho de que su príncipe azul estaba casado. Era más rana que príncipe.

Pasó el resto de su corta vida sola. Sola luchó por sacar adelante a su hija. Siempre se quejaba de la falta de dinero y tenía dos empleos mal pagados para llegar a fin de mes. Unas pocas horas de placer a cambio de una vida llena de dolor y responsabilidad.

¿Y pensaba alguna vez en ella el magnífico vizconde cuando se paseaba por su grandiosa propiedad en Sussex?

Quería echarse a llorar por lo injusto de todo aquello.

Jem Norland la miró; sus ojos se sintieron atraídos por la seda de color púrpura.

–¿Jem, me has oído? –preguntó Sophia, tirándole del brazo–. Andrew y yo vamos a sentarnos.

–¿Quién es esa rubia? –preguntó Jem sin rodeos.

Lord Andrew Harlington miró al otro lado de la sala.

–¿La de morado? ¿La de las piernas bonitas?

–Esa misma.

Andrew pensó un momento.

–No tengo ni idea –contestó mientras abrazaba a Sophia por la cintura–. ¿Tú sabes quién es, Sophy? ¿La reconoces?

–Es Eloise… –su novia comenzó a hacer memoria– la chica de la televisión. Eloise… Leyton. No, Lawton. Eso es. Eloise Lawton. La chica que se dedica a la moda.

Jem se quedó inmóvil.

–¿Qué?

–Hace un programa sobre la moda –continuó Sophia–. Sobre los colores y todas esas cosas. Los tonos rojos y azules. Por lo visto es realmente importante para la apariencia. A ella se le da muy bien. También escribe artículos para *Image*.

–Eso lo sé –dijo Jem secamente, mientras miraba más de cerca a la mujer que acababa de lanzar un misil contra su familia.

¿Una rubia? Por alguna razón no esperaba a una rubia. Eloise Lawton, una comentarista aguda y mordaz que hacía juicios sobre los gustos de sus contemporáneos. Eso ya lo sabía. Su madre y su hermanastra ya se lo habían dicho.

Pero no se esperaba a la clase de rubia elegante y tranquila que podría haber protagonizado una de las películas de Alfred Hitchcock.

–¿Champán, señor?

Jem retiró la mirada.

–Gracias –contestó; tomó una copa

Sabía que su madre le habría aconsejado ser cauto, pero encontraba aquella oportunidad irresistible.

Lo que realmente quería saber era por qué. ¿Por qué ahora? ¿Por qué Laurence? Su padrastro era un

hombre gentil. Un hombre realmente religioso, honorable y bueno. Era impensable que…

–Es bonita, ¿verdad? –dijo Sophia agarrándolo por el codo–. Pero no es tu tipo.

Él se fijó en la cara de picaruela que puso ella.

–¿Quién?

–Eloise Lawton. Es muy bonita.

–Sí –contestó él sin rodeos.

Lo cierto era que Eloise Lawton era bella. Bella, manipuladora y peligrosa. Resultaba difícil creer que alguien con tantos atributos atractivos pudiera ser culpable de una crueldad tan fría.

Sin hacer caso a las miradas, Jem se disculpó y se acercó hasta donde estaba Eloise. No estaba seguro de lo que le diría.

–Jem Norland –dijo con la mano extendida.

Notó que los dedos de ella se tensaban sobre el bolso de noche que llevaba y que intentaba sonreír pero sin éxito.

Eloise Lawton no era lo que él se esperaba en absoluto. De repente se dio cuenta del aspecto de cansada que tenía. Tenía ojeras y una expresión que él deseó no volver a ver nunca más. Tenía una mirada de dolor, casi sin esperanza.

Ella dejó en un estante su copa de champán.

–Eloise Lawton –estrechó su mano.

La mano de ella era pequeña y estaba fría.

Él dejó que sus largos dedos rodearan la mano femenina y suprimió cualquier deseo de reconfortarla. Fuera cual fuera su apariencia en aquel instante, Eloise Lawton era un hueso duro de roer. Y pretendía herir a las personas que él más quería.

Sin embargo, ella no parecía ser así exactamente.

Tenía más clase de lo que él esperaba. Una dignidad gentil…

Ella intentó sonreír de nuevo, pero no llegó a conseguirlo.

–Escribo para *Image*.

–Eso he oído –dijo él después de soltarle la mano.

Ella miró nerviosa hacia la puerta.

–Mi amiga Sophy me ha dicho que es una experta en ropa de mujeres.

–Bueno, no. Yo sólo escribo sobre moda. Si era a eso a lo que se refería. Todo es opinable, nada más.

Una respuesta diplomática. Era muy astuta. Él no lo dudaba. También era bella, fría y serena.

Jem se obligó a parecer calmado.

–¿Y también la televisión? Sophy ha dicho que aparecía en la televisión.

–Muy poco. Me pidieron que hiciera un programa sobre los premios BAFTA y he salido algunas veces en los programas diurnos.

Las manos de ella recorrían continuamente su bolso. Cualquiera hubiera notado su estado de nervios. Y tenía motivos para ello.

Laurence había creído incondicionalmente en Jem cuando éste había hecho todo lo posible por desmentirle. Siempre había confiado en la bondad innata de su hijastro a pesar de todas las pruebas en su contra. Y Jem tenía intención de devolverle el favor.

Laurence no era del tipo de hombre que evadía sus responsabilidades, fuera cual fuera el precio personal a pagar. Su sentido del bien y del mal estaba grabado en todas las fibras de su personalidad. Nunca habría rechazado a una hija como tampoco

habría podido rechazar a Coldwaltham Abbey. Ambos eran responsabilidades sagradas que nunca abandonaría.

–¿Le gustaría trabajar más en la televisión? –preguntó él.

–No.

–¿No?

–En realidad no. Antes me parecía emocionante. Interesante. Pero creo que ya no. La única razón por la que lo hago es porque ayuda a la revista.

–¿*Image*?

–Sí –bebió de la copa–. Da más relieve a mi trabajo.

–¿Eso es importante?

Ella movió los ojos con nerviosismo.

–Muchísimo. Un nombre que la gente reconoce abre muchísimas puertas.

–¿En serio?

–En este negocio es más importante a quién conoces que lo que sabes.

Y Laurence se convertiría en una baja de aquel ascenso hacia la cima.

¿Pero por qué Laurence?

¿Por qué tenía que usar a un hombre al que no se le podía reprochar nada?

¿Alguien a quien otros admiraban?

–Me gustaría escribir sobre otras cosas. Me encanta la moda, pero…

Dejó de hablar y miró por la ventana.

–¿Pero busca algo más?

Pues claro que sí. Era una rubia a la que le encantaba la ropa de diseño.

Ella se giró y le respondió:

–¿Hay algo de malo en eso?

–Depende de lo que esté dispuesta a hacer para conseguirlo.

Eloise frunció el ceño.

–Por supuesto.

Eloise volvió a dar otro trago de champán. Aunque hubiera sido vinagre, seguramente no se habría dado cuenta.

–Mi madre me ha dicho que podría tener relación con mi padrastro.

Eloise agarró su copa con más fuerza. Sentía el sudor bajando por su frente. Movió la boca sin hacer ruido.

Él lo sabía.

La sensación fue parecida a saltar desde un precipicio, sintió cómo el viento rugía dentro de sus oídos, mientras se arrojaba hacia un destino sobre el que no tenía control.

–¿El vizconde de Pulborough? Es el segundo marido de mi madre.

–No lo conozco.

Él levantó una ceja sorprendido. La miró de la cabeza a los pies, estudiándola de forma crítica.

–¿En serio? Puede que entendiera mal lo que me dijo.

–Mi madre lo conoció. Hace muchos años. Yo escribí al vizconde de Pulborough para comunicarle su fallecimiento.

Eloise dejó su copa con cuidado sobre la mesa y recogió su bolso.

–Todavía no me ha contestado.

Habían pasado tres semanas y él todavía no la había contestado. Ella tampoco esperaba que su padre